



AMANDA
Y LAS DOS HERMANAS

José Luis Cervera Bonillo

AMANDA
Y LAS DOS HERMANAS



Primera edición: octubre de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Luis Cervera Bonillo

© Ilustración de portada: Ray Lanxin Juárez Cervera

ISBN: 979-13-87909-14-7

ISBN digital: 979-13-87909-15-4

Depósito legal: M-20466-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Ray

*Para vivir tenemos que narrarnos;
somos un producto de nuestra imaginación.
Nuestra memoria es un invento.*

ROSA MONTERO

—¿Y qué era yo? Ignoraba todo respecto a mi creación y creador...

MARY SHELLEY

El miedo

Le digo a Mo que deje de leer, que no tengo las ganas ni las fuerzas suficientes para escuchar las palabras de Amanda, sean verdad o mentira.

Mo obedece. Cierra el cuaderno y me mira en silencio. Le gustaría resbalarse en el sillón, dejarse llevar, olvidarse del asunto, pero permanece erguida. Sabe que me ayuda, pero quisiera ayudarme más. Sus grandes ojos negros se fijan en mi rostro pálido. Sabe que no me siento bien, que estoy hecha un trapo. Me mira. Lo sé porque a mí me pasa lo mismo. Experimenta un vínculo de amor que cada día es más fuerte. Me dice: «¿De dónde viene?» Yo le respondo que ese vínculo ha estado con nosotras, escondido durante el tiempo que vivió con mi madre, sin saber que yo existía. De eso Mo se enteró más tarde, cuando Amanda, al filo de la muerte, le confesó que dejó una pequeña en Barcelona: «A la pequeña Gala le gusta pintar; podríais ser hermanas».

Mo se dijo que sí, que le gustaría tener una hermana, la hija de Amanda, tal vez su vivo retrato. Pero no fue así. Poco o nada tengo de mi madre, o al menos eso creo yo. Y sin embargo, algo se presenta como irremediable, como un hilo invisible que nos une. Lo supe cuando la vi por primera vez en el restaurante. Roja como un tomate, bajé la cabeza porque no dejaba de mirarme, de querer saber de mí.

Y ahora Mo me mira, y me descubre en una desconcertante mirada de desconsuelo.

Lo sé. Mi madre ha muerto. Ya no está, y poco o nada la conocí. Es cierto que un día decidí buscarla, saber de ella, pedirle explica-

ciones de por qué otro día, siendo una niña, me abandonó. Pero eso no me sirvió de nada. Tal vez, la decisión de buscar a mi madre llegó demasiado tarde.

—No tenemos prisa —me dice Mo mientras deposita el cuaderno en el cajón de un escritorio de persiana, de estilo colonial, uno de los escasos muebles que habitan el salón de Raimon T.

—Tengo miedo —le digo con la voz refugiada en el parqué.

—Vamos, hermanita, el miedo no es malo. Lo malo es que una se quede sin hacer nada.

Estamos un rato tumbadas en la cama del cuarto, en la habitación de invitados. Hay más silencios que palabras. Luego, Mo desmonta el abrazo; me deja, me besa, me da las buenas noches.

Miro por la ventana. Es una noche oscura, y no hay estrellas en el cielo de Barcelona. Un cielo sin estrellas es como vestirse de sombras. Y luego, repentinamente, un pensamiento me sacude como una ráfaga de aire frío: «Está muerta, ya no está, y no sé nada de ella».

Abro la ventana para que corra el aire. Existe un ligero viento, fresco, que no es desagradable del todo y que no llega a perturbar el silencio, que se derrama sigiloso como las gotas de un perfume. No hay ruido de motores ni bultos vagando por la calle.

Ni siquiera ayuda, en lo alto de un edificio, un letrero que simula un faro y que debiera estar encendido. Siete plantas más abajo, en los jardines de Pedralbes, los árboles duermen y el sueño se hace cargo de todo. Para mí, el cielo y la tierra son una misma cosa amorfa, oscura, a la espera de que alguien los llame al orden.

Pienso en tirarme por la ventana, en entregarme al sueño. Pero ¿servirá de algo? Me pregunto dónde irá una muerta sin memoria, vacía, abismal, sin saber lo que pasó. ¿Es esto lo que realmente quiero?

Busco la muerte de una manera sencilla. No es un acto de locura, porque la locura se merece, se vive, y no está al alcance de

todos. Tampoco seré como los demás. La gente espera, se aferra a la costumbre, deja pasar las cosas para que el tiempo se ocupe de ellas, para que las sepulte, echa la vista a un lado. Pero existen los giros inesperados, y quién sabe lo que puede contar ese cuaderno. Tal vez ponga orden, tal vez encienda ese faro que hay en lo alto y arrincone la oscuridad.

Refresca. Cierro la ventana.

Sigo con el malestar a cuestas, y noto que el cuarto me asfixia. Necesito salir, buscar la cocina, abrir el grifo, beber un vaso de agua y calmarme. Pero esta es la casa de Raimon T. y me siento una extraña. Me da vergüenza y no me atrevo a salir. También, he de decir, me pesa lo de Mo, que duerme con Raimon T. cuando yo la quiero para mí.

Pongo la mano en la manija y me decido, salgo del cuarto. Camino sigilosa. Lo hago como una sombra que le da instrucciones a los pies para que no hagan ruido, para que sean motores silenciosos. Y sin embargo, en el pasillo, oigo sus ruidos. Me acerco. La puerta está ligeramente entreabierta y los descubro haciendo el amor. Lo primero que recibo es un aire de molestia, una bofetada en el rostro. Frunzo el ceño, me dan celos. Lo segundo es un cuadro hermoso: Mo es una diosa negra que maneja a su antojo la situación cabalgando encima de él. Pienso en la retirada, en volver sobre mis pasos, en no querer importunar.

En la cocina hago tiempo. Me siento con las piernas cruzadas, tengo un vaso de agua en las manos. No quiero volver al cuarto, no quiero encontrarme otra vez con lo mismo de antes. La imagen era hermosa, sí, pero la quiero para mí.

Pasan veinte minutos y Mo entra en la cocina, resbala la mano por mi espalda. Me pregunta:

—¿No puedes dormir?

Y yo le respondo que no, que no soy la única.

El tono no es bueno, lo reconozco, pero me ha salido así.

—Tengo hambre —dice abriendo la puerta de la nevera—. Siempre me pasa cuando acabo de follar. Anda, mueve el culo y coge el cortapizza.

Le hago caso. Me gustaría no mirarla, pero no puedo.

—De vez en cuando me acuesto con hombres —me dice—. Ellos no son mi prioridad, aunque me atrae la inteligencia de algunos. Por si te sirve de consuelo, te diré que Rai está al tanto de lo nuestro.

—¿Y eso le parece bien?

—Él dice que sí y no tengo por qué dudar; pero si me dijera lo contrario me daría igual.

El trozo de *piZZa* es grande. El cortapizza es de acero inoxidable y tiene el mango de madera.

—¿Estás segura de eso? Quiero decir que está lo de la galería.

Lo de la galería va con segundas, con ánimo de molestar. Y sin embargo, Mo me recrimina por lo bajo con un tono casi compasivo.

—Deja de joder, hermanita.

Mo me cuenta que la *piZZa* es de cuatro quesos, que compra las porciones en la tienda de un argentino, que son un poco caras, pero exquisitas.

—Deja que te cuente algo —me dice dándome un trozo. Quiere darme una explicación, aclarar las cosas—. Cuando conocí a Rai cada uno teníamos un plan. El mío ya lo conoces, era traer a tu madre para que la vieras antes de morir; el suyo fue conquistarme y hacerme su amante. Lo de la galería solo le corresponde a él, aunque a mí me viene bien.

La he escuchado sin probar el trozo de *piZZa*. Clavo mis ojos en ella, me tomo un tiempo para lo que tengo que decirle:

—Anna-lis dice que hay hombres que regalan abrigos y otras cosas a sus amantes, pero que Raimon T. les pone una galería a sus putillas.

Como era de esperar, abandona el tono compasivo de antes y me recrimina:

—¡Tonta del culo! ¡Rai no es ningún filántropo! Puede que sea su putilla, pero la galería no es mía, no es tan tonto. Yo solo tengo allí un espacio para mis cuadros y cualquier día me dice que me vaya. Ya te lo he explicado antes, ¿por qué insistes?

Quedo en silencio, no me queda otra.

Mo me ordena que me siente en su regazo. Yo finjo indiferencia, pero obedezco.

—Tú y yo acabaremos mal —es un regaño dulce—. Estás molesta y sé lo que deseas. Así que hazlo.

Nos besamos, quedamos en silencio.

Ni siquiera el reloj de la cocina molesta con su tic-tac, ni siquiera la nevera hace ruido. Incluso el silencio, que antes resultaba molesto y perturbador, ahora me es grato.

—Tu pelo es fuerte, Mo —susurro enredando mis dedos en su pelo crespo—. El Maestro sin Nombre decía que estamos fabricados de recuerdos y que es en las raíces del pelo donde más se almacenan, como si tuvieran la oficina central ahí, y que se liberan cuando se cortan, como pasa con los árboles que sueltan la corteza.

Sé que Mo no cree mucho en *mis tonterías* y que su sonrisa refuerza su escepticismo. Sin embargo, me dice que le gustan las imágenes que compongo y que a veces le parecen hermosas, incluso que se ríe con ellas.

—Antes me lo alisaba. Recuerdo que una vez, en una tienda de París, un montón de negras hacían lo mismo que yo. Las cremas alisadoras iban de mano en mano. Algunas tenían quemaduras, calvicie o no se lavaban el pelo en semanas porque el champú les hacía daño. Y todo por parecerse a las blancas, por gustarle a los blancos. Mi madre alisaba cabellos, pero nunca la vi con el pelo liso. ¡He sido una negra de mierda! Una vez oí decir que teníamos que mejorar la raza, que debíamos dejar de ser diferentes. ¡Joder con la frasecita!

Mo queda en silencio. Aprovecho para resbalar la mano por su mejilla, para decirle mi deseo.

—Sé en qué estás pensando y comprendo tu malestar —se adelanta Mo—, pero es mejor que esta noche las cosas se queden así. Ya te dije que no tenemos prisa.

La he oído, pero no le respondo. Solo, con los ojos envueltos en una breve agitación, me levanto de sus rodillas y regreso al cuarto de donde salí.

Por la mañana, nada más despertar, me levanto de la cama y miro por la ventana. Lo que veo responde al orden natural. Arriba el cielo está raso; abajo apenas molesta el ruido de los motores.

Mo me llama. Ha dispuesto el desayuno en el salón. Estamos solas. Raimon T. no volverá hasta la tarde.

Es un salón austero. Tiene pocos muebles y algunos objetos, los justos. Destacan el escritorio de persiana, de aire colonial, en el que Mo guardó el cuaderno de Amanda y la escultura grande de un búho de bronce que me sorprende guiñándome un ojo.

—No me cuadra esta austeridad. No es propia de un gale-rista.

—No te dejes llevar por esa impresión —explica Mo—. Lo poco que hay vale lo suyo. Un mentalista chino le dijo que si quería ser ligero como una flor mecida por el viento debía soltar lastre. Rai le hizo caso y por eso el piso está como está, pero tonto no es.

—Me sorprende lo del chino. Lo tenía por un tipo descreído, práctico y entregado a sus negocios.

—Es descreído para lo que quiere, hermanita. ¡Menudo es! Rai sacó un buen dinero con eso de soltar lastre.

Sirviendo más café, Mo me habla de Madame Jacobi.

—Es una anciana y no anda bien de salud. Trabajé en su galería y antes lo hizo tu madre. Madame Jacobi la acogió en su casa. Luego apareció mi padre, se enamoraron y se fue con él. La anciana es de esa clase de personas que te hacen pensar que a veces el mundo vale la pena, aunque también tiene lo suyo.

—¿Y te dijo Madame Jacobi si mi madre llegó sola a París? —le pregunto.

Mo se encoge de hombros. Luego, unta una tostada con mantequilla.

—No conseguí sacarle mucho, ni a tu madre tampoco.

—Pero mi madre sabía que yo estaba aquí y aun así no te dijo nada. Eso no es muy alentador.

—Ella solo me habló de ti en los últimos meses. A tu madre le costó confesar que existía una pequeña en su vida.

—¿Una pequeña?

—Es como te recordaba, no tenía otra imagen de ti en su memoria. Un día me dijo: «Quiero que pintes un sueño que he tenido y que me visita a menudo. En mi sueño aparece una mujer anónima y una niña que lleva de la mano. Mi sueño nunca dice a dónde van».

—Pero ese es el cuadro que tienes en la galería con su mancha de color azul, eso ya lo sé.

Mo asiente.

—Mira —le digo—, para que creas en mis *cosas*. Esa imagen se parece a un recuerdo que rescaté en una constelación que hice con Olga Swann. El recuerdo sucedía en una playa. Mi padre dormitaba en una silla plegable y mi madre y yo íbamos cogidas de la mano. Recuerdo que pisábamos la pinocha y que yo sentía cosquillas en los pies. Aquel día, en la constelación, terminé echando humo por el ombligo. Incluso Anna-lis se quedó espantada.

Mo me ha escuchado, me ha visto de nuevo aferrarme a las señales, a los indicios, y de nuevo ha sonreído. Yo me he sentido frágil, entregada a lo imprevisto.

—Anoche —me dice cambiando de tema— no hice lo correcto dejándote sola en la habitación de un séptimo piso. Pensé en algo feo.

—¿Algo feo? Querer quitarse la vida no es feo, pero fue una idea repentina y enseguida se evaporó. Siento preocuparte, Mo.

—Anoche traías el fantasma de Amanda dibujado en tu rostro. Yo lo vi. Ya sabemos que la muerte nos acompaña siempre y que a veces juega con nosotros. Abro la ventana, me tiro, no me tiro... Estabas tan pálida que parecías un trapo descolorido. Te hubiera dibujado.

—Para eso no tienes que pedirme permiso, puedes hacer lo que te salga del coño. Me dibujas y ya. Respecto a cómo traje la cara, ya te conté la discusión que tuve con mi padre. Cuando salí de su casa

ni siquiera fui capaz de accionar la tarjeta de encendido del coche. Así que caminé hasta la carretera y traté de arreglar la confusión que había en mi cabeza y que tú viste en mi rostro, pero no lo conseguí. Mi madre estaba muerta, mi padre se alegraba por ello.

Desvió la mirada. Hay una ventana grande, de madera antigua, que parece vieja, pero que no lo es. Me gusta, me llama la atención. Me levanto de la mesa y voy hacia ella. Paso la mano por la madera. La siento vieja, pero sé que no lo es. Quién sea ha reproducido el paso del tiempo. Desde allí le digo a Mo:

—Luego encontré un parque y me senté en un banco de madera. Lloré y me quedé dormida. Soñé con ella. Amanda estaba tan cerca de mí como lo estás tú ahora. En el sueño me pinté de pequeña, pero fui incapaz de pintarla.

—Eso es porque no tienes recuerdos de ella.

—Si eso es así, es que estoy vacía. Además, mi padre lo borró todo. No sé qué hizo con las fotografías, si es que existieron. El muy bruto se alegró cuando ella murió, o al menos se ha quedado aliviado. Me dijo que se sintió liberado. Liberado ¿de qué? El muy desgraciado descorchó una botella de vino y quiso que brindáramos por la muerte de Amanda.

Mo no dice nada; se levanta y recoge la mesa.

—Lo peor de todo no es la muerte; lo peor de todo es que no conozco a mis padres.

Y le pregunto:

—¿Tú conoces a los tuyos?

—En mi caso solo sé lo que ellos me contaron.

—¿Y cómo sabes si eso que te contaron es verdad?

—No lo sabré nunca, aunque la costumbre me hace creer que sí. Pensar lo contrario es complicarse la vida. Por lo general, la gente no piensa en esas cosas. Y tampoco puedes cuestionártelo todo, es absurdo.

En la cocina me dice:

—En cuanto a ti, hermanita, supe que no harías esa estupidez de tirarte por la ventana.

—Ah, ¿no? ¿Por qué? ¿Acaso no me crees capaz? Tengo más valor del que aparento. Mi apariencia es frágil, pero tengo valor. Una vez le aplasté los huevos a un perroflauta que estaba meando en una pared.

—¿De verdad hiciste eso?

—Pues claro que lo hice, ¿acaso no me crees?

—Pero saltar por una ventana es otra cosa. Y, además, tienes una razón importante para no hacer esa locura.

—...

—No me mires así, con esa cara de boba. Es simple, ahora me tienes a mí, tonta del culo. ¿Me vas a perder así, de la noche a la mañana? Me dije: «Mi hermanita no es tan tonta». Por eso me despreocupé y me follé a Rai. Pero luego, con lo loca que estás, me preocupé. Así que fui a la habitación y, aunque no estabas en ella, me quedé tranquila porque la ventana estaba cerrada.

—Pero pude haber saltado desde otra ventana, ¿no pensaste en eso?

—Eso no tiene lógica. ¿Cierras una ventana para abrir otra? ¡Menuda tontería!

—La verdad es que no salté —me gusta fabular, imaginarme cosas— porque pensé que acabaría planeando como una gaviota por entre los edificios y eso me frustraría.

—Una gaviota... Estás como una regadera —me dice mientras friega los platos.

—Una gaviota blanca... —la abrazo por detrás, se deja hacerlo—. Pero después quise abrazarte. Y por mucha oscuridad que hubiera en el cielo ahí estabas tú. Me dije: «Mo es mi hermana y es mi amante, aunque ahora se esté follando a ese Rai de los cojones».

Mo se ríe. Le han gustado mis palabras, mis tonterías, como ella dice.

—Anda, trae tus manos aquí.

El agua del grifo moja nuestras manos. No está fría. La miramos. Permanecemos así unos momentos.

—El cuaderno de Amanda nos dirá cosas —dice Mo—, aunque serán las palabras, las verdades o las mentiras de una anciana que se

despide. Yo confié en ella, siempre fue buena conmigo y amó a mi padre. Cuando me dio el cuaderno, antes de morir, me dijo: «Esto es para las dos». Luego me pidió que cuidara de ti. Sin conocerte me lo pidió y sin conocerte acepté. Hay algo de ella en ti, algo que me ha traído aquí. Hubo una vez un ángel que bajó del cielo y se enamoró, y sintió una sensación de bienestar que llamó felicidad. ¿Lo entiendes? Rai, la galería... ¡Qué cojones importa eso! Dime una cosa, hermanita: ¿lo haremos? ¿Leeremos el cuaderno?

El agua, disciplinada, sale del grifo. Luego se rompe en nuestras manos, cayendo por un precipicio. Me fijo. Las manos de Mo son más grandes que las mías. Sus dedos, más largos y finos, atrapan los míos. Los abrazan, juegan a tocarse y a fingir que huyen.

—Si me dices que no, me dará igual y lo leeré por mi cuenta, a escondidas. Lo haré, te juro que lo haré. Y encima no te diré nada.

—¿Eres capaz de hacerlo? —susurro—. Solo prométeme una cosa... Dime que nunca me dejarás a solas con él.

Los fabricantes

Max no ha telefonado ni su padre tampoco. Entiendo lo del niño, pero no lo del padre. Los dos se presentan a las tantas de la noche.

Nelson excusa la tardanza. Dice que encontró tráfico de regreso a Barcelona y que tuvo que parar en un *burger*. Quiero mandarlo a la mierda, pero la presencia de mi hijo, al que veo agotado pero contento, me refrena.

Más tarde le pregunto si ha llamado al abuelo y Max me dice que sí, que ha hablado con él, que se ha reído con él. Lo oigo y se me queda cara de tonta. Me pregunto si ha sido idea del niño. A mí nunca me llama. Estos capullos, que quiera o no son parte de mi vida, me ignoran y me dan tormento. ¡Y ya son muchos años! Sigo atada a ellos, y yo escondo la cabeza como un avestruz.

Cojo el teléfono y llamo a Nelson para cantarle las cuarenta, pero este no atiende la llamada. No me sorprende. Esa es su costumbre conmigo desde el día del divorcio. Nelson me devolverá la llamada cuando lo considere oportuno. Es su forma de hacerme padecer.

Estoy enfadada. Deshago la maleta de Max decidida a no darle más vueltas a la cabeza, pero no puedo.

Odio a Nelson, odio a mi padre. No me son indiferentes. Los considero imitaciones de otros igualmente odiosos. En eso los conozco bien. Tienen su oficio de hombres temerarios y se creen ingenieros de la vida. Lo aplican conmigo, lo aplican con los demás.

Su trabajo es fabricar aviones de papel y, una vez en las alturas, encendida la luz roja, arrojar el pasaje al vacío sin contemplaciones, sin misterios, sin dar explicaciones. Se llaman a sí mismos los fabricantes.

Los fabricantes se creen dioses, imitaciones de ellos o lo que sea, y disponen a su antojo de la vida de los demás. Proveen la comida y la felicidad, y al mismo tiempo la desgracia repentina y el dolor. Luces, Nelson y los otros se mueven en su mundo con elegancia. Son hombres elegantes, bien vestidos, bien perfumados, bien peinados, enamorados de la empresa, que es el amor de su vida, y a la que dedican todas sus energías; sienten pasión por ella y se les hincha el pecho al nombrarla.

Los fabricantes se miran unos a otros. Descuelgan el teléfono con aplomo, y pasados unos minutos lo cuelgan con más aplomo si cabe. Gritan hurra con la compra, gritan hurra con la venta. Crean el abismo y juntan el cielo con la tierra, el caos repentino.

El tiempo, implacable, los apremia. Los desgraciados pierden el trabajo. Saltan del avión sin destino. ¿Dónde queda la esperanza de una vida mejor, la que antes les han prometido Luces, Nelson y los demás?

Saco de la maleta la ropa sucia de Max y la meto en una bolsa de basura de plástico negro. La dejo en la puerta de entrada, junto al paragüero, para dársela a Nelson la próxima vez que recoja al niño; la dejo ahí para no olvidarme.

Regreso a la maleta. En un apartado encuentro papeles sueltos, envoltorios de caramelos y dos fotografías. En la primera, Max sonríe junto a un jugador, un profesional que también sonríe; en la segunda, igualmente sonríe, pero esta vez abraza a su padre y una mujer los acompaña.

Por fin le pongo cara. En alguna ocasión Max me ha hablado de la novia de su padre. Es Elsy Herman, una mujer bajita, de ojos pequeños, con el pelo rizado y tintado de rubio.

La busco en internet. Elsy Herman es licenciada en Filología Alemana e Inglesa, trabaja como traductora y escribe libros de autoayuda, filosofía zen y dietas saludables.

No puedo ni evitar mi sonrisa de triunfo ni esbozar una mal-
dad. Como yo, la novia de Nelson es una espiritual y, seguramente,
como dicen de mí Nelson y mi padre, una lunática.

Es hora de dormir. Escucho la respiración de Max, que duerme
en la litera de abajo. El niño está agotado de resultados del clinic en
Girona. Demasiadas emociones, demasiadas cosas que contar. Pero
yo no puedo dormir. La fotografía en la que aparece la otra planea en
lo alto. Me pregunto si me debo preocupar, si soy una buena madre.

Pasan los años y me hago este tipo de preguntas. Es curioso
pensar cómo una no puede desprenderse de ciertas cosas aunque
quiera. Quisiera borrarlas, quisiera limpiarlas, romperlas como una
fotografía. Pero no, pasa el tiempo y ahí continúan como un fiel
recordatorio. No quise tener a Max, no fue un hijo deseado, no
quise ser madre, no es una obligación ser madre. Tampoco amé a
Nelson, pero me dejó preñada y, aunque se me pasó por la cabeza
la idea del aborto, no lo hice. Cuando se enteraron, Nelson enlo-
queció de la dicha y mi padre también.

Llega la mañana y me cuesta despertar al niño. Mientras toma
un vaso de leche con cereales, Max me dice que lo felicitaron en el
clinic porque ha mejorado el chut con la pierna izquierda.

Entonces aprovecho y le tiro de la lengua. Max me cuenta que
la novia de papá no está mal, que es simpática, que habla mucho,
pero que es rara de narices con la comida. Me cuenta, por ejemplo,
que no comió con ellos porque hacía el *ayuno de los siete días*. De
ese ayuno, el Maestro sin Nombre hablaba perrerías. «Es propio
de charlatanes», decía. «Sois libres de escoger vuestras opciones
de alimentación, pero cuidaros de no acabar como las lombrices».

—Elsy —dice Max— quiere que papi haga el ayuno, pero no
imagino a mi papi con el bote de la papilla todo el día en la mano.

Me gusta fabular, imaginar las cosas que me procuran las pa-
labras. Me gusta observar a Nelson, verlo en toda su grandeza de

dios, de fabricante de aviones de papel, arrastrándose como una lombriz.

Max come su pieza de fruta. Mientras trocea un plátano me dice:

—Papi me ha dicho si me gustaría ir a vivir con él y con Elsy.

—Y tú, ¿qué le has dicho?

—Nada, me hice el tonto.

Salimos de casa y caminamos hasta la parada del autobús escolar. No está lejos, pero son unos cuantos pasos. Max deja mi mano, sale disparado en cuanto ve a sus amigos, que lo esperan curiosos por saber lo del clinic, por saber lo de la fotografía con el jugador profesional, firmada y todo. Ansioso, se le olvida darme un beso. Pero eso no me importa.

Adelante

Primero me llama Anna-lis y después Mo.

La primera quiere saber si está listo el trabajo para la galería de Raimon T. Le digo la verdad, le digo que sí. En realidad, lo tengo preparado desde hace días. Me di prisa, me afané para dejarlo acabado lo antes posible, para dedicarle más tiempo a Mo. Pero de eso no le digo nada a Anna-lis.

—Perfecto.

Después me pide que le cuente lo sucedido el fin de semana. Está segura de que no me quedé de brazos cruzados con Mo, aunque ignora la muerte de Amanda y la visita a la casa mi padre.

—Así que el viejo Luces celebró la muerte de tu madre por todo lo alto, ¡menudo pájaro!

—Me dijo: «Pequeña, por fin puedo dejar esta casa. Ella ya no está y me ha liberado».

—¿Qué extraño? ¿Por qué diría eso?

—No lo sé. Recibió la muerte de mi madre como si fuera una bendición. Sé que es un hombre embrutecido, pero no esperaba que reaccionara de esa manera.

—Ahora que se siente liberado tendrá la oportunidad de conocer a otras mujeres. Muchos hombres lo hacen. Y eso será bueno para ti.

—¿Para mí? ¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que si se distrae por ahí te hará la vida más fácil. Un padre como el tuyo es un fastidio; así que si lo pueden aliviar, mejor.

Anna-lis cambia de tema y me pregunta por mi novia.

—Y con la negrita, qué. ¿Qué me tienes que contar?

—He estado ocupada con lo tuyo, así que no hay mucho que contar.

—¡Ja! Yo lo que creo es que has tenido tiempo para todo.

Me quedo en silencio. Y eso significa que me descubro, que le doy aliento a Anna-lis.

—Ya veo que me dejas al margen. ¡Menuda amiga tengo que no me cuenta nada! Entiendo con tu silencio que ya tienes una novia, me alegro. Ahora faltó yo. Pero claro, ¡quién cojones se va a fijar en una mujer desesperada!

—¡Por dios, Anna-lis, qué exagerada eres!

—Nunca te crees lo que te digo y siempre me dices lo mismo: «¡Qué exagerada eres!». Dime, ¿acaso crees que no sufro? Yo no tengo tu suerte. Ya me gustaría ir a cenar con mi mejor amiga y encontrarme con Sidney Poitier en la mesa de al lado... Pero dejemos este tema. El director Jean-Luc tiene prisa por ver el trabajo que has hecho para la galería de tu negrita. ¡Joder con la galería! ¡Menudo lío se ha montado!

Y cuelga la llamada sin más, sin despedirse ni explicar lo último que me ha dicho.

La segunda llamada es la de Mo. Me telefona para darme los buenos días y para que me pase al mediodía por la galería, en la calle de Mozart número 22.

La idea que maneja Mo es la de llevarme al establecimiento de Mamadou, en el mismo barrio de Gracia, para que me lea la cara. Seguramente piensa que eso puede ayudarme por la tristeza que siento por lo de mi madre. Mamadou es el cocinero que prepara la comida según lo que ve en el rostro de las personas.

Mamadou se presenta. Su rostro es alegre, de esos que invitan a pensar que hay personas buenas en el mundo y que vale la pena vivir y vivir. Mamadou nos mira, pero conmigo se detiene más tiempo. A Mamadou se le humedecen los ojos, pero como nunca da explicaciones de lo que ve, no sé por qué es; sea lo que sea, se lo

guarda para sí. Lo tiene escrito en un cartel pegado y plastificado en una pared: «No se dan explicaciones de la lectura de rostros». Así que me tengo que aguantar y quedarme con las ganas. Eso sí, oímos como le canta a la comida, y en ese momento quedamos en silencio, porque el canto es bello, nuestro silencio también.

Mo ya me sorprendió la primera vez que me trajo aquí cuando me dijo que estaba aprendiendo algunas palabras de hindi. Esta vez me dice que ha entendido la palabra *priy*, cielo, y poco más.

—Lo de la galería —me dice Mo cuando le refiero las palabras que me ha contado Anna-lis— es un asunto de permisos. No entiendo de esas cosas, pero lo más normal es que unten a alguno del Ayuntamiento, ya sabes cómo funciona el negocio. En cuanto a tu trabajo, no te me vayas a preocupar, ya conoces a esa loca de Anna-lis, siempre quiere tener la última palabra en todo, pero en esta ocasión la clienta soy yo, yo soy la que decido.

—Nunca me preocupo por el trabajo, si lo hago mal ya se encarga ella de corregirme. Me trata como si fuera una estudiante a la que enseñar y yo me aprovecho de ello.

Y luego, de repente, un pensamiento de alarma me sacude:

—¡Joder! Casi se me olvida. Hoy le toca a Nelson recoger al niño para llevarlo al entreno. Tengo que acordarme de darle a ese idiota la bolsa con la ropa sucia para que la lave, no se me vaya a olvidar.

Y mientras busco en el bolso el móvil para anotar el recordatorio, voy diciendo:

—Nelson me pondrá cara de acelga, pero me da igual. ¡Que lo jodan!

Paseamos por el barrio. Hemos establecido la costumbre de pararnos en la plaza del Sol, de sentarnos en una de las mesas de las terrazas o en uno de los bancos de madera, eso nos da igual. Es como establecer un lugar favorito, un sitio al que acudir. La elección del lugar no es casual. En la plaza del Sol llegaron los primeros besos, y además sucedió el episodio del pájaro que, herido, cayó del cielo; el pájaro que luego, en la galería, se curó milagrosa-

mente y se fue diciéndonos adiós, todo eso el día que supe que mi madre estaba muerta.

—Lo del pájaro no fue una casualidad —le recuerdo a Mo, que no cree en estas cosas—. Estoy segura de que algo tuvo que ver con lo que vi en la bolsita de té del maestro Kaito. Lo recuerdo bien. Era la imagen de un pajarito. Lo descubrí gracias a la lupa gigante y vi que tenía una patita quebrada. Estoy segura de ello, lo anoté en el cuaderno de observaciones. ¡Oh, Mo! Pensarás que tu hermana es una majadera, pero creo que Amanda se presentó en forma de pájaro y que aquel día cayó del cielo para despedirse de nosotras.

—Lo dices y te quedas tan tranquila. A veces no sé qué pensar.

Faltan cosas por hacer en la galería y el día de la inauguración se acerca. Dejamos algunos cuadros apoyados en la pared, otros los cubrimos con telas de diferentes colores. Los reconozco por el catálogo que yo misma he hecho. Tengo una opinión ligera de ellos, algunos me gustan, otros no. Pero no es lo mismo cuando una los tiene delante de sus ojos y los puede tocar. Los cuadros de Mo son diabólicos. Deforma las figuras con trazos gruesos y es normal que las personas que pinta quieran salirse de los cuadros, que quieran huir de algo que le está haciendo daño, escapar a un lugar donde no exista el sufrimiento; son figuras condenadas a sí mismas.

Le digo a Mo que sus representaciones son como las aguas estancadas de un río, transparentes al sufrimiento. Me dice que tal vez sea así, pero que no lo sabe. Tampoco sabe por qué los pinta de esa manera.

Luego está lo del otro cuadro. Quedo sorprendida, es una presencia inesperada. Es el cuadro que Mo pintó de su madre, Béren-gère. Lo ha sacado, lo ha dispuesto junto a las demás obras, que esperan ser colgadas en las paredes de la galería.

—Me dijiste que no lo mostrarías.

—No tengo que olvidar ciertas cosas.

Estoy segura de que aquellas palabras las ha dicho a regañadientes, como si ocultaran el motivo real por el que exhibirá el cuadro de su madre.

No me equivoco.

—Rai insistió. Lo expongo, pero le he dicho que no está a la venta.

Es *El árbol de las frutas* o *El cuadro de Bérengère*. En él su madre aparece ahorcada en un árbol de frutas. Una rama robusta la sostiene. Según Mo, ha pintado la rama tan fuerte que nunca caerá al suelo.

Dejo el tema aparte. Entiendo que a Mo no le gusta hablar de ello. El galerista la ha convencido para hacer una cosa que ella no quiere hacer y se siente incómoda. Mo ha cedido. No es la putilla de Raimon T., pero en eso él la maneja.

Preparo té. Ella ya se ha acomodado en la terraza.

—Lo has traído, ¿verdad? —me refiero al cuaderno.

Mo arquea las cejas. No dice nada y deja la taza de té en la mesa. Ha traído una vieja cartera escolar. Afloja las correas, la abre, coge el cuaderno y lo deja con cuidado junto a la tetera. Todo tiene un aire a viejo.

Miramos el cuaderno entre sorbos de té. Si fuera invierno estaríamos frente a una chimenea leyendo las palabras que escribió mi madre y que deben resolver el asunto de mi abandono. Pero es primavera, casi verano, el sol acompaña y no hay nubes en el cielo.

—Estoy preparada —dice Mo con el cuaderno en las manos.

—Adelante —le digo.

